

Ordenes fieras y prontas:  
 Pero un sargento que escucha,  
 Grita airado con voz ronca:  
 Ese es el padre Jarauta.  
 Los soldados se alborotan  
 Y quieren despedazarlo  
 Con rabia devoradora.  
 —Yo soy Jarauta—responde.  
 —Alto, á mi sólo me toca—  
 Dijo un jefe: que le guarden  
 Y le lleven con escolta  
 Abajo, á la Valenciana,  
 Y que el General disponga.  
 En breve tiempo la causa  
 Del reo se perfecciona,  
 Se forma el cuadro en silencio,  
 En silencio está la tropa,  
 Suenan las voces de mando  
 Con notas aterradoras,  
 Hacen fuego los fusiles,  
 Y queda en tierra y sin fosa  
 El cadáver de Jarauta,  
 Tan célebre en nuestra historia.

¡A MI PATRIA!

COMPOSICION LEIDA EN EL GENERAL

DE LA UNIVERSIDAD,

LA NOCHE DEL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1849,

POR EL SEÑOR DIPUTADO POR JALISCO,

DON GUILLERMO PRIETO,

PARA SOLEMNIZAR EL ANIVERSARIO DEL GRITO DE DOLORES.

¿Y á mi solo me niega el alto cielo  
 Un rayo de ese gozo que derrama  
 Su luz en torno mío;  
 Y negra sombra de vergüenza y duelo  
 Marca mi frente con su sello impío?  
 Si nada dice á mi alma ese contento,  
 ¿Por qué mentir? Si palpo tu tormento,  
 Patria adorada, ¿con falaces flores  
 Por qué cubrirlo? ¡No! ¡Gima mi acento!  
 ¡¡Tu himno será la voz de mis dolores!!  
 Yo romperé la copa de alegría,  
 Antes que la empozoñe la ironía:  
 Decid, decid: ¿El entusiasmo santo  
 Y esos recuerdos de grandeza y gloria  
 Borran de la abyección y del quebranto  
 La reciente memoria?  
 Dime ¿en que te asemejas, vulgar noche,  
 Con tu encanto y tus bellas seductoras,  
 Con tu luz y tus músicas y flores,  
 Siempre noche infecunda,  
 ¿En qué, á la noche rara y majestuosa  
 En que pasaron sin rumor las horas,  
 En medio á la inquietud y á los temores,  
 Y en que á un pueblo animaba con su soplo  
 El anciano sublime de Dolores?

¿Cómo representar la mustia antorcha,  
 Por más que agite en la tiniebla fría  
 De llama la profusa cabellera,  
 Al astro rey, que al despuntar el día  
 Con majestad en el Oriente impera,  
 Y á torrentes su luz al mundo envía?  
 ¡Patria, mi patria! en tu infortunio inmenso  
 No seré tan crüel que hable de gloria;  
 Tu nos pediste un día de victoria,  
 ¿Quién darte en cambio adulador incienso?  
 Acabar de pedirnos sollozando,  
 Y con tus manos trémulas unidas,  
 Las lágrimas tus ojos inundando,  
 Tu salvación, tu honor, gloria clamando.  
 Pero ¡ay! tus voces fueron sofocadas;  
 Gemiste entre tus hijos de abandono,  
 En medio de tus huestes desbandadas,  
 Mancillada beldad, reina sin trono!!!  
 ¡Que triste es al viajero que se lanza  
 En frágil leño á mares inseguros,  
 Al capricho falaz del rumbo incierto,  
 Volver los ojos al amigo puerto,  
 Ver á los suyos en los patrios muros,  
 Y seguir, indefenso peregrino,  
 La voluntad de hierro del destino!  
 ¡Qué triste, desde el mar del infortunio,  
 Vuelvo los ojos al risueño tiempo  
 Que nos vió el cielo con semblante amigo!  
 ¿No veis? ¿No veis? Alumbra refulgente  
 La mirada de un hombre prepotente  
 Que en las sombras terrífica vaguea.  
 ¡Escuchadlo! Revienta como el trueno  
 Su aterradora voz, alza la frente,  
 Que el orgullo sublime enseñoorea,  
 Su mano aplica al invencible seno,  
 Ve al cielo con ardor, y de repente  
 Exclama: El pueblo sea;  
 Y el pueblo fué: sus ondas hervidoras  
 En el trono se chocan irritadas,  
 Y de nuevo se juntan, y de nuevo  
 Por el poder tirano son domadas.  
 Renacen héroes mil, se alienta el brío,  
 Y al recio embate del herido encono  
 Cayó en pedazos el infame trono;  
 Quedando sólo entre la negra sangre

Las hondas huellas del poder impío.  
 ¿Donde están los esclavos y señores?  
 ¿Donde están los tiranos y sus leyes?  
 Pasó la horrenda lid; dulce la brisa  
 Disipó del combate los horrores;  
 Y cuando al pueblo que nació en Dolores  
 Alumbró refulgente el sol de Iguala,  
 Lo contemplaron trémulos los reyes  
 Del otro lado de los anchos mares  
 Y les dió espanto su soberbia gala!  
 Entre las quiebras de los altos montes  
 Suelen correr las aguas impetuosas  
 Y engrosarse y hervir y contra el dique  
 Mil y mil veces quebrantar la frente,  
 Y volverse gimiendo procelosas.  
 Mas renuevan la lid, al recio empuje  
 Que alienta el huracán, que impulsa el trueno,  
 Las ondas en tropel rompen el seno  
 De inflexible dique y rebramando  
 En tumbos estruendosos y arrancando  
 Las refinadas piedras entre brumas  
 En las inmensas ruinas van saltando;  
 De entre las quiebras brotan,  
 Y en los estrechos límites se azotan,  
 Dejando como un rastro sus espumas.  
 ¿Y quien enfrena el curso del torrente?  
 ¿Quien no tiembla asustado á su estampido?  
 ¿Quien á domar se atreve su coraje?  
 ¡Sólo la tempestad su voz ha unido  
 A su acento terrífico y salvaje!  
 Mírase libre y mansa la corriente,  
 Se reclina en el llano blandamente  
 Y muelle y apacible se dilata;  
 Un nuevo lago lleno de belleza  
 Miran los labradores,  
 Que ha un instante temían sus horrores,  
 Y hoy miran con asombro su grandeza,  
 De la aurora risueña á los albores.  
 ¡Sol hermoso de Iguala! trascendía  
 Cual perfume de nardo la ventura,  
 Una ráfaga pura circuía  
 La altiva frente al vencedor guerrero,  
 Que con lauros ornaba la hermosura.  
 ¡Noble generación! ¡pueblo de hermanos!  
 Ilustre con tus ínclitas hazañas,

Gloria del mundo, horror de los tiranos,  
Dulce en la paz, terrible en las campañas.

¡Oh, patria! sin la caída del arcángel  
Comparado al lucero de la aurora  
En galana hermosura,  
Tu serías ejemplo infortunado  
De la caída de mayor altura!  
¡Tú que en el hondo abismo de tu duelo  
Mísera lloras tu perdido cielo!!

Joven y fresca en medio á las naciones,  
Tu frente virginal aparecía  
Y lozana entre todas descollaba,  
La luz sobre tu faz se embellecía,  
Y tu aliento las auras perfumaba.....

¿Y después? ¿Y después? ¡Idos profanos!  
Si venís á gozar, quiero sangriento  
Denunciar vuestras luchas fratricidas,  
Que miréis de mi patria las heridas,  
Que gimáis como yo con su escarmiento.

Idos de aquí, los que el banal contento  
Y el frívolo placer venís buscando,  
¿En donde de Iturbide está la herencia?  
¿Qué se hizo la divina independencia?

¿Por qué te lanzas, joven fratricida,  
Ardiendo de coraje á la matanza?  
¿Por qué arrebatas la preciosa vida  
De un hermano tu bárbara pujanza?

Huellan las gradas del poder supremo,  
Con planta infirme imbéciles tiranos:  
Ved en asecho astuto los partidos,  
En la sombra escondidos  
Y el puñal alevoso entre las manos:  
Sesga la vista al que domina, amagan  
Aguzando sus armas inhumanos.

Vedlos como avarientos mercaderes  
Traficar con la sangre, en la pelea  
Hienas contra los suyos, ardorosos  
Se revuelven en lucha encarnizada;  
Y ciegos en su furia los hermanos  
No te ven á sus pies arrodillada:  
No te ven que les tiendes ambas manos  
En su fatal presencia deshonorada!!!

De fiera instinto y corazón de esclavos  
Que envilecéis el fango de los suelos,  
¿Do está el pueblo de Hidalgo esclarecido,

El pueblo de Jiménez y Morelos?  
Responded ¿dónde está? Si hubiere alguno  
Que sin rubor mortal, que sin tormento  
Levante el velo al pavoroso cuadro,  
Ese que alce la voz. ¿Quién atrevido  
Nos podrá presentar aquellas tropas  
Cual aves en tormenta descarriadas,  
Antes de entrar en lid, casi vencidas,  
En tanto que el egoísmo indiferente  
Sin pestañar las ve sacrificadas?

Ven en martirio mis dolientes ojos,  
Seguir á los contrarios el camino  
Marcado con la sangre y los despojos  
Que en nuestra fuga les dejó el destino.  
La algazara brutal de sus soldados  
Pienso escuchar. La turbulenta chusma  
Se desborda en tropel amenazante  
Y en nuestros campos el botín husmea;  
Se ve al aventurero repugnante  
Sórdida presa de insaciable gula  
En enjambres después de la pelea,  
Asentado en el carro resonante  
Que hace el peso gemir de los trofeos  
El ébrio voluntario bambolea.

Y esta ¡oh mengua sin par! del mundo escoria,  
Grotesca turba y hez de las naciones,  
Ha estampado los pies de sus frisonas  
En las banderas que nos dió la gloria.  
¡No más! ¡no más! las calles y las plazas  
Escudriñan las tropas vencedoras.  
En el asilo del poder supremo  
En que ayer ostentamos los pendones  
Que dejaron á vista del Sabina,  
En sucia mancha su recuerdo dejan,  
Con el grasiento ollín de sus fogones.  
En vuestros cláustros ¡ay! vírgenes fieles  
Suenan sus irritantes bacanales,  
Relinchan satisfechos sus corceles.

Ved nuestros mutilados sin abrigo,  
Comiendo el pan del mísero mendigo.  
Ved guarecerse los hogares patrios  
Cobardes á extranjeros pabellones.  
¡La frialdad humillante y el desprecio  
Amparan el honor de nuestras bellas!  
Sin conseguir ni de la muerte el lecho

En sus campos quedaron nuestros bravos  
Que conservaban del frisón las huellas,  
Como honda marca en el desnudo pecho!

¿Qué, no escucháis sus ásperas pisadas  
Entre el rodar que aturde de sus carros?  
Mientras en ancho círculo la plebe  
Se espanta á los agudos alaridos  
Del defensor valiente del hermano,  
Cuyas carnes se rajan palpitantes  
Del azote de infamia á los crugidos!!

¿Quien sofocar podrá tanto recuerdo,  
Que siempre vive, que jamás se agota,  
Que al restañarlo inquieta nuestra mano  
Cual de profunda herida tenaz brota?  
¿Y como no llorar? ¿Ni quien osado  
Cánticos de placer ofrece al cielo,  
Si al dolor se percibe tras el velo  
Del júbilo estudiado?

¡Religión de mi pecho, patria mía!  
Quise entonar á tu beldad loores,  
Quise cubrir de rosas tus altares:  
Pasó un recuerdo, disipó el encanto,  
Te ví..... ¡oh, dolor! ¡te ví! Miseras flores,  
Entre mis manos las secó mi llanto.

Busqué en torno de mí para ofrecerte  
Noble y digno homenaje,  
¡Y halló tan sólo mi pasión salvaje  
Sus ofrendas sublimes en la muerte!!

Yo pondré con orgullo á tu presencia  
Los nombres de tus hijos ¡ay! de aquellos  
Que ya no alumbra el sol de la existencia!  
Cual lámparas sagradas, esos nombres  
Acercaré á tus aras, como incienso  
De sus virtudes te será el perfume:  
Evocaré á León, al noble Cano,  
A quien la ciencia amiga sonreía,  
Y á Balderas sin par, á cuya frente,  
Que el sudor del trabajo ennoblecía,  
Cayeron de la gloria los laureles!!!

Y tú también, amigo de mi infancia,  
Joya de honor, y de virtud modelo,  
Flor de la juventud, cuya fragancia  
El soplo de la muerte llevó al cielo,  
A tí ¿me escuchas, Luis? A tí Martínez,  
Ejemplo de grandeza y de hidalguía,

De tus padres la gloria y el decoro,  
Con tu recuerdo, que me arranca lloro,  
Deja que ilustre de la patria el día.

¡Honor á esos valientes! cada tumba  
La miró con terror el extranjero,  
Cual cabeza del tronco separada,  
Con el párpado abierto, que implacable,  
Sin brillo, pero abierta la pupila,  
¡En su verdugo clava la mirada!

¡Gloria, gloria! respeto á los valientes  
Que en buena lid por nuestro honor murieron!  
¡Que el insulto de vil, á nuestra raza,  
Con hazañas heroicas desmintieron!

Tal eras tú, Frontera esclarecido,  
Cuya tumba en mi patria luz derrama,  
Soldado ilustre, á quien la eterna fama  
Justa salvó del polvo del olvido:

¡Peñúñuri inmortal!! ¿Y cómo pudo,  
Con tanto y tan intrépido patriota,  
Cebarse en nuestras huestes la derrota?  
¿Los sueños de victoria ¿dónde han ido?  
¿Do están aquellos á quien dieron cuna  
Las severas montañas de la Irlanda?  
No les fué ni el sepulcro hospitalario:  
Sus rifles por nosotros centelleán;  
Y hoy, sus míseros huesos, en los campos  
Abandonados, con la luz blanquean!

Suenan en el cadalso sus pisadas,  
Y hay verdugos en vez de patrios lares;  
Adoptan con esfuerzo nuestro idioma  
Antes que Dios sus ánimas reciba,  
Y gritan con valor: ¡México viva!

Laurel á esos valientes, y no flores.  
Será su honor que devolváis al mundo,  
Grande á ese pueblo que nació en Dolores,  
Hoy sepultado en el pesar profundo!

¡Dios que agitas los pueblos con tu soplo,  
Como el viento á las débiles espigas,  
Que en sementera dilatada ondean;  
Tú que puedes salvarlos en tus brazos  
Como á dormido niño, tú, Dios santo,  
Ampara de la tierra de mis padres  
La mísera existencia;  
Permite que en las nubes que la envuelven,  
Resplandezca como iris tu clemencia.

Tú que ves como á Job el pueblo mío,  
Que seca de tormento sus entrañas,  
Y en su íntimo dolor maldice al día,  
No nos niegues tu soplo de consuelo,  
Que marchitos estamos y morimos  
Como las hojas secas en el suelo.

Tú que en la noche del caos profundo  
Fijaste la mirada complacida,  
Y brotó el sol y relució en las alas  
Del arcángel hermoso de la vida,  
Vuelve á tu pueblo intrépido el aliento,  
Díle que eleve impávida su frente;  
No más humillación: la luz de gloria  
Saludemos de nuevo en nuestro Oriente.

Dilata nuestra vida un solo día,  
En que el nombre de México vengüemos;  
No permitas que el cáliz de la afrenta  
Muriendo, mancillados apuremos.  
¡Salud y bendición, luz de esperanza!  
Verás ¡oh, patria! con placer intenso  
Ofrecer en tus aras la venganza,  
Humo de sangre como digno incienso.

Sacude el sueño, pueblo de Iturbide:  
Ven, mira de tu patria la honda herida;  
Y vuela á su defensa aunque perezcas,  
Que es un martirio, sin honor la vida.  
¡Pueblo de Hidalgo! ¡pueblo mexicano!  
Si á tí en el rostro se infirió la ofensa  
¡Mendigarás cobarde la defensa  
Con que te humille la extranjera mano?  
Sí? Te defenderán cual la pantera  
Que aleja de su víctima, iracunda  
Los otros carniceros animales  
Por cebarse en la presa sin rivales,  
Y para henchirse con la sangre impía,  
Infernal, prolongando su agonía!

Robustézcate ¡oh, pueblo! el infortunio:  
La planta humilde juega con la brisa  
En medio á las risueñas heredades:  
El altanero cedro se renueva  
Al soplo de terribles tempestades.

El ave ruin se ahuyenta con el trueno;  
Pero la fiera rey si siente herido  
El vigoroso seno,  
Ardiendo en ira al riesgo se abalanza,

La crin sacude, su ojo centellea,  
Y su rugido, que semeja al trueno,  
O presagia su muerte ó su venganza.

Tú así te alentarás ¡oh, pueblo mío!  
Tú así fortalecido con tus penas  
Estallar sentirás entre tus venas  
Tu antiguo ser con indomable brío.

Tú á tus hijos conduce como Amílcar,  
De la mano á las aras de tus dioses,  
Invoca ardiente á tus vencidos lares,  
Invoca á los caudillos de Dolores;  
Y, como Anníbal, jura en tus altares  
Odio eterno á tiranos y á invasores.